

SENTIDO COMÚN, LA MEDICINA CONTRA EL POPULISMO

Cristina Ayala



Vivimos tiempos complejos, de altísima volatilidad, de réplica inmediata y escasamente reflexionada. Tiempos en los que el lenguaje se prostituye hasta límites insospechados. Tiempos de impredecibilidad absoluta sobre el mañana, tiempos en los que deberíamos ser más conscientes de la necesidad de ponderar lo que ocurre a nuestro alrededor con un mínimo equilibrio para, primero, valorar adecuadamente lo que tenemos y, en segundo lugar, indagar cuál puede ser nuestro papel para que la sociedad siga prosperando como lo ha venido haciendo en los últimos 40 años.

Vargas Llosa cuenta en sus conferencias que España fue ante el mundo la historia de éxito del siglo XX. La modélica Transición que vivió nuestro país propició que en todo el arco político –desde la izquierda más recalcitrante hasta la derecha más empedernida– el afán fuera único: transitar un nuevo camino que nos llevara a la libertad, la paz y la prosperidad. Tras el reciente 40º aniversario de nuestra Constitución y si España se compara con otros países de nuestro entorno, todo parece indicar que deberíamos sentirnos satisfechos con el resultado: somos uno de los 20 países en el mundo que tiene una democracia plena, que goza de mejores calificaciones en *rankings* de derechos y libertades, el quinto mejor país para nacer mujer e incluso, según un reciente estudio de Deloitte, España es definido como el mejor país del mundo para nacer, por su alto nivel de bienestar y salud.

Sin ningún ánimo de ser autocomplaciente, es de justicia valorar que hemos superado momentos muy complicados: el terrorismo etarra, el golpe de Estado de 1981 o las profundas crisis económicas en las que nos dejaron sumidos Gobiernos socialistas. No es arriesgado afirmar que España ha conquistado su objetivo. Es claro que quedan muchas cosas por mejorar, pero el esfuerzo de los *padres de la Constitución* y el empeño de las generaciones que les han seguido han fructificado en una España moderna y homologable a cualquiera de los países de nuestro entorno.

Y sin embargo, quién sabe si por la reciente y durísima recesión o por el marco de decenios de paz y prosperidad, en amplias capas de españoles toma fuerza la sensación –interesadamente avivada por el populismo– de que aquí nada funciona, de que somos una democracia débil, de que la Monarquía es una antigualla propia de países poco evolucionados; de que, si no se vota un nuevo pacto político, el de 1978 ya no es válido; de que nuestra sanidad es un desastre, de que la Justicia no funciona, de que costumbres culturales largamente arraigadas son cosas de cuatro casposos, de que el sector público es la España improductiva. En resumen, están tomado cuerpo los mensajes populistas que, con un lenguaje simple pero perfectamente estudiado y una hoja de ruta muy clara, pretenden trasladar a la sociedad una perspectiva de España que tiene demasiados elementos comunes con la melancolía noventayochista.

Hay que denunciar el buenismo como forma de hacer política

Ante esta nueva e inducida melancolía, solo hay una medicina posible: la vuelta al sentido común, avalado por datos y no por demagogias interesadas. Es necesario reflexionar sobre el papel trascendental que ocupa el lenguaje y desenmascarar que deliberadamente se cambian los significados de palabras y así, por citar un ejemplo, muchos autodenominados movimientos antifascistas son el claro ejemplo del fascismo de libro.

Ante esta nueva e inducida melancolía, solo hay una medicina posible: la vuelta al sentido común, avalado por datos y no por demagogias interesadas

Otro elemento preocupante es la hipérbole constante que se utiliza en la expresión pública. Así, por ejemplo, en las últimas semanas y ante un terrible caso de violación que terminó en asesinato, una parte de la opinión pública se empeña en que todos los hombres son asesinos y violadores en potencia. Ante esa falta de perspectiva y esa exageración, hay que reaccionar reclamando sentido común.

Por otro lado, la desnortada percepción de que todo cuanto nos rodea nos ofende y de considerar siempre por delante nuestros derechos sin hacerlo en el mismo nivel con nuestras obligaciones es otro de los desafíos que el sentido común debe enfrentar.

El último de los elementos que quiero destacar es la necesidad de denunciar el buenismo como forma de hacer política. Estamos asistiendo constantemente a la dictadura de lo políticamente correcto, contra la que es necesario postularse con enunciados claros basados en principios sólidos. Ciertamente es que esta situación no es ni muchísimo menos exclusiva de la realidad española y tomo prestadas las palabras de Macron en su discurso televisado de final de año, que sin embargo se contradicen con su reciente actuación frente a *les gilets jaunes*: “Nos hemos instalado en una negación flagrante de la realidad: no se puede cobrar más, trabajar menos, tener menos impuestos y mejorar los servicios públicos”. Decirlo está muy bien, es dejar de regalar los oídos a una sociedad que debe valorar el esfuerzo que suponen las políticas públicas, pero es necesario ir más allá: actuar en consecuencia. Saber decir que no, explicarlo, hacer pedagogía con la política. Y, sí, nuevamente desde el sentido común que hoy se empeña más que nunca en ser el menos común de los sentidos.